

—Dejemos eso, señora, se lo ruego; dejemos eso.

XIX

El señor Bergeret, profesor de literatura latina, habiéndose levantado muy temprano, salió de la ciudad con *Riquet*. Se querían tiernamente y no se separaban nunca. Tenían los mismos gustos, llevando los dos con preferencia una vida sosegada, monótona y sencilla.

En sus paseos *Riquet* seguía atentamente con los ojos á su amo. Temía perderle de vista un momento, porque, no teniendo mucho olfato, no hubiera podido seguirle la pista. Pero aquella mirada fiel le hacía simpático. Trotaba al lado del señor Bergeret con un aspecto de satisfacción que no era desagradable. El profesor de literatura latina andaba, ya rápido, ya lento, á gusto de su caprichoso magín.

Riquet, cuando se había adelantado, se volvía esperándole con el hocico al aire, una pata delante levantada y encogida, con actitud de acecho y vigilancia. Cualquiera cosa les divertía á uno y otro. *Riquet* entraba impetuosamente en los paseos y en las tiendas para salirse al instante. Aquella mañana, metiéndose de un salto en la carbonería, sorprendióle hallarse frente á un palomo de un tamaño enorme y de una blancura deslumbradora. El palomo desplegó sus radiantes

tes alas en la sombra y *Riquet* huyó asustado.

Fué, según su costumbre, á contar con los ojos, las patas y el rabo, su aventura al señor Bergeret, que le dijo en son de burla:

—Sí, mi pobre *Riquet*: ha sido un encuentro terrible, y hemos escapado á las garras y al pico de un monstruo con alas. Aquel palomo era espantoso.

El señor Bergeret sonrió. *Riquet* conocía bien aquella sonrisa y comprendió claramente que su amo se burlaba. Lo cual no le gustó. Cesó de agitar el rabo, poniéndose en marcha con la cabeza baja, encorvado el lomo y las patas separadas en señal de disgusto.

Y el señor Bergeret le dijo:

—Mi pobre *Riquet*: Aquel pájaro, que tus antepasados hubieran devorado, te asusta. No tienes hambre como ellos; por eso no tienes audacia como ellos. Una cultura refinada te ha hecho cobarde. Es un gran problema discurrir si la civilización aminora en los hombres el valor, al mismo tiempo que la ferocidad. Pero los hombres cultos afectan valor por respeto humano, y se crean una virtud artificial, tal vez más bella que la natural. Tú declaras tu miedo sin avergonzarte.

El descontento de *Riquet*, á decir verdad, fué pasajero. Duró poco. Todo lo habían olvidado cuando el hombre y el perro entraron en el bosque de Josde, donde la hierba estaba humedecida por el rocío y donde una sutil niebla se arrastraba por las orillas de los torrentes.

Al señor Bergeret le gustaba el bosque. Ante una brizna de hierba se ensimismaba en infinitos ensueños. A *Riquet* también le gustaba el bosque. Sentía, olfateando las hojas secas, un placer misterioso. Meditando los dos, siguieron el camino que conduce á la encrucijada de las Señoritas, cuando encontraron á un caballero que regresaba á la ciudad. Era el señor de Terremonde, diputado provincial.

—Buenos días, señor Bergeret—dijo deteniendo el caballo—. ¿Ha reflexionado usted sobre las razones que le dí ayer?

El señor de Terremonde había explicado la víspera, en casa de Paillot el librero, las razones por las cuales era antisemita.

El señor de Terremonde era antisemita en la región, sobre todo en la época de caza. El invierno, en París, comía en casa de agiotistas judíos, á quienes demostraba estimación bastante para hacerles comprar, en buenas condiciones, algunos cuadros. Era nacionalista y antisemita en la Diputación, atendiendo á las preocupaciones reinantes en la capital. Pero como no había judíos en la ciudad, su antisemitismo consistía principalmente en atacar á los protestantes, que formaban una sociedad austera y cerrada.

—Somos adversarios—repuso el señor de Terremonde—; lo siento, pues es usted un hombre de imaginación; pero vive alejado del movimiento social. No está usted interesado en la vida pública. Si pusiera, como yo, las manos en la

masa, estoy seguro de que sería también antisemita.

—Me halaga usted—dijo el señor Bergeret—. Los Semitas que cubrían en otro tiempo la Caldea, la Asiria, la Fenicia, y que fundaron ciudades en todo el litoral del Mediterráneo, vinieron á ser los judíos actuales, diseminados por el mundo y que forman numerosas tribus árabes en Asia y en Africa. No tengo el corazón bastante grande para encerrar tantos odios. El viejo Cadmus era semita. No puedo considerarme por esta sola razón enemigo del viejo Cadmus.

—Habla usted en broma—dijo el señor de Terremonde, sujetando su caballo, que mordía las ramas de los arbustos—. Ya sabe usted que el antisemitismo está únicamente dirigido contra los judíos establecidos en Francia.

—De todos modos, habrá que aborrecer á ochenta mil personas—dijo el señor Bergeret—. Es demasiado para mí; no me siento con fuerzas.

—Nadie le pide á usted que odie—dijo el señor de Terremonde—. Pero hay incompatibilidad entre los franceses y judíos. El antagonismo es irreductible. Asunto de raza.

—Veo, al contrario—dijo el señor de Bergeret—, que los judíos son extraordinariamente asimilables á la especie de hombres más plástica y dúctil que hay en el mundo. Tan voluntariamente como en otro tiempo la sobrina de Mar-doqueo entró en el harém de Asuero, las hijas de nuestros adinerados judíos se casan ahora con los

herederos de los más ilustres nombres de la Francia cristiana. Es tarde, después de tales uniones, para hablar de la incompatibilidad de las dos razas. Y, además, me parece mal que en un país haya distinciones de razas. No es la raza la que hace la patria. No hay pueblo en Europa que no esté formado por una multitud de razas confundidas y revueltas. Galia, cuando César entró en ella, estaba poblada de celtas, galos, iberos, diferentes los unos de los otros por su origen y por sus creencias. Las tribus que nos legaron los dolmenes no tenían la misma sangre que las naciones que honraban los druidas y los bardos. En aquella mezcla humana las invasiones vertieron germanos, romanos, sarracenos, y se formó así un pueblo heroico y encantador, Francia, que hace poco enseñaba la justicia, la libertad y la filosofía á Europa y al mundo entero. Recuerde usted la hermosa frase de Renán; quisiera poder citarla exactamente: «Lo que hace que los hombres formen un pueblo es el recuerdo de los grandes actos que han realizado juntos y la voluntad de realizar otros nuevos.»

—Muy bien—dijo el señor de Terremondre—; pero no teniendo voluntad de realizar grandes acciones con los judíos, siga siendo antisemita.

—¿Está usted seguro de poderlo ser por completo?—preguntó el señor Bergeret.

—No le comprendo á usted—dijo el señor de Terremondre.

—Me explicaré más claramente—dijo el señor

Bergeret—. Hay un hecho indudable: cada vez que se ataca á los judíos se ganan sus voluntades. Fué precisamente lo que le sucedió á Tito.

Cuando la conversación llegó á este punto, *Riquet*, se sentó en medio del camino, mirando á su amo con resignación.

—Ha de reconocer usted—prosiguió el señor Bergeret—que Tito fué bastante antisemita en los años 67 y 70 de nuestra Era. Tomó á Jotapates y exterminó á sus habitantes. Se apoderó de Jerusalén, quemó el templo, hizo de la ciudad un montón de cenizas y de escombros, que, no teniendo ya nombre, recibió algunos años más tarde el de *Celia* Capitolina. Hizo conducir á Roma, entre las pompas de su triunfo, el candelabro de siete brazos. Creo, sin tratar de ofender á usted, que llevó su antisemitismo hasta un punto que no esperará usted alcanzar. Pues bien; Tito, destructor de Jerusalén, conservó gran número de amigos entre los judíos. Berenice sintió por él extremada ternura, y ya sabe usted que se separaron, con pesar del uno y del otro. Flavio Josefo se entregó á él, y Flavio no era uno de los más insignificantes de la nación. Descendía de reyes asmoneos, vivía como un fariseo austero y escribía bastante correctamente el griego. Después de la ruina del templo y de la ciudad santa, siguió á Tito á Roma y se captó la confianza del emperador. Recibió el derecho de ciudadanía, el título de caballero romano y una pensión; y no piense usted, caballero, que él cre-

yó así hacer traición al judaísmo. Al contrario; seguía unido á la ley y se aplicaba á recoger las antigüedades nacionales. En fin, era buen judío, á su manera, y amigo de Tito. En todo tiempo ha habido Flavios en Israel. Como usted dice atinadamente, vivo retirado del mundo y no me relaciono con las personas que en él se agitan. Pero me sorprendería mucho que los judíos, una vez más, no estuviesen divididos y que no hubiera gran número en el partido de ustedes.

—En efecto, algunos están con nosotros—dijo el señor de Terremondre—. Y son gentes de mucho mérito.

—Ya lo decía yo—prosiguió el señor Bergeret—, y creo que entre ellos los habrá muy hábiles y que prosperarán en el antisemitismo. Era bastante repetida, treinta años atrás, la frase de un senador, hombre de ingenio, que admiraba en los judíos la facultad de prosperar, y ponía como ejemplo á un capellán de la corte, de origen israelita: «Vean ustedes—decía—; un judío se ha hecho cura y ha llegado á monseñor.» No restauramos los prejuicios bárbaros, no tratemos de saber si un hombre es judío ó cristiano, sino si es honrado y útil á su país.

El caballo del señor de Terremondre empezaba á resoplar, y *Riquet*, habiéndose acercado á su amo, le instaba con una mirada tierna y suplicante á proseguir el paseo comenzado.

—No crea usted—dijo el señor de Terremondre—que envuelvo á todos los judíos en un mis-

mo sentimiento de ciega reprobación. Tengo entre ellos excelentes amigos. Pero soy antisemita por patriotismo.

Tendió la mano al señor Bergeret y dejó avanzar á su caballo. Seguía tranquilamente su camino, cuando el profesor de la facultad de Letras le llamó.

—¡Eh!, querido señor de Terremondre, un consejo. Puesto que el hielo está roto, puesto que usted y sus correligionarios están regañados con los judíos, procuren ustedes no deberles nada y devuélvanles el dios que les han quitado, ¡pues les han quitado ustedes su dios!

—¡Jehová?—preguntó el señor de Terremondre.

—¡Jehová! En el caso de ustedes, yo desconfiaría de Jehová. Era judío en el alma. ¿Quién sabe si no sigue siéndolo? ¿Quién sabe si no venga á su pueblo en este instante? Cuanto nos rodea: esas confesiones inusitadas, abrumadoras como un trueno; esas revelaciones que brotan de todas partes, esa asamblea de togas justicieras que no han podido ustedes impedir cuando lo podían todo; ¿quién sabe si no es Jehová quien ha preparado sorpresas tan ruidosas? Recuerdan el estilo de sus maneras bíblicas. Me parece reconocerle.

El caballo del señor de Terremondre desaparecía detrás de las ramas, en un recodo del camino, y *Riquet*, contento, paseaba sobre la hierba.

—Desconfíe usted—repitió el señor Bergeret—. No conserven ustedes el dios de los judíos.